



Situación de los Derechos de la Infancia en Ucrania





ENTREVISTA A LA ASOCIACIÓN AMIGOS LEONESES UCRANIANOS DAMNIFICADOS (AALUD)

El 24 de febrero se cumplen cuatro años desde el inicio de la guerra a gran escala en territorio ucraniano. En este contexto, consideramos fundamental seguir informando y sensibilizando a la ciudadanía sobre la situación actual del país, poniendo el foco en los derechos humanos, especialmente en los derechos de la infancia, el acceso humanitario, los servicios básicos, la educación y la comunicación ética del conflicto.

¿Qué derechos ve vulnerados constantemente la Infancia en el país?

Desde el inicio del conflicto, la infancia en Ucrania ve vulnerados de forma constante derechos fundamentales recogidos en la Convención sobre los Derechos de la Infancia.

Entre los derechos más afectados destacan:

El **derecho a la vida, la seguridad y la protección**, debido a los ataques continuados sobre zonas civiles, incluidos entornos donde viven y se desplazan niños y niñas. Y todos los niños sabe de este peligro y viven a diario oyendo alarmar de bombardeo, escondiéndose en refugios por la noche, viendo como sus familiares adultos mueren en la guerra, viendo cientos de personas sin brazo, piernas, con heridas.

El **derecho a la salud**, gravemente comprometido por la destrucción de infraestructuras sanitarias, la escasez de personal médico y la dificultad de acceso a medicamentos. Médicos están saturados con imparable flujo de heridos de guerra.



El **derecho a una vida digna**, ya que una parte significativa de la infancia carece de acceso regular a agua potable, calefacción, alimentación adecuada y vivienda segura. Especialmente en invierno con bombardeos rusos de infraestructura eléctrica muchas ciudades se encuentran sin calefacción constante o sin ella para días y semanas.

El **derecho a la salud mental y al bienestar emocional**, debido a la exposición prolongada a la violencia, el desplazamiento forzado, la pérdida de familiares y el miedo constante. El constante peligro y desgracia que se a diario en cualquier zona de Ucrania forma en los niños miedo a futuro y falta de sentido de vivir.

¿Qué dificultades enfrentan como ONG para realizar su trabajo hoy en día?

Desde nuestra experiencia como asociación sin ánimo de lucro formada mayoritariamente por personas ucranianas en España, queremos señalar algunas de las principales dificultades que enfrentamos en nuestro trabajo solidario. Uno de los mayores retos es la **falta de financiación estable**. No contamos con subvenciones regulares y nuestra actividad depende casi exclusivamente de recursos propios y de pequeñas iniciativas de recaudación de fondos. En muchos casos, las acciones que desarrollamos se financian con aportaciones personales de los propios miembros de la asociación.

A esta realidad se suma la **falta de tiempo, de voluntariado y de recursos humanos formados**. La mayoría de las personas que colaboran lo hacen de manera altruista, en su tiempo libre y después de su jornada laboral, y cada vez resulta más difícil encontrar personas dispuestas a trabajar de forma gratuita y de manera continuada.



Además, una parte importante del tiempo de voluntariado se dedica a la búsqueda constante de recursos para responder a las necesidades urgentes de la población en Ucrania, lo que limita nuestra capacidad para desarrollar otras acciones.

Por otro lado, muchas personas que formamos parte de la asociación nos incorporamos al voluntariado a raíz del inicio de la guerra, sin formación previa en gestión asociativa, acción humanitaria o captación de fondos. En muchos casos, aprendemos “sobre la marcha”, haciendo lo mejor que podemos con los conocimientos disponibles, lo que supone un esfuerzo añadido y genera dificultades en la organización y planificación del trabajo.

La combinación de escasez de recursos económicos, falta de tiempo, carencia de voluntariado y ausencia de formación especializada limita la sostenibilidad de nuestras acciones, que dependen en gran medida del compromiso personal de quienes integran la asociación.

A pesar de estas dificultades, seguimos trabajando con responsabilidad y compromiso, conscientes de la importancia del apoyo solidario en el contexto actual.

¿Cuál es la situación respecto al suministro de servicios básicos para garantizar la protección de la población (salud, agua, etc.)?

La situación respecto al suministro de servicios básicos en Ucrania continúa siendo extremadamente grave y desigual según las regiones. Esta información se constata tanto a través de la prensa ucraniana como mediante el contacto directo y continuo con familiares y personas que permanecen en el país.



La principal causa de la falta de servicios esenciales son los bombardeos constantes sobre infraestructuras críticas, que afectan de manera directa al suministro de agua, electricidad, energía y a la red sanitaria. Las zonas más cercanas al frente, así como amplias áreas del centro, este y del sur de Ucrania, se encuentran gravemente dañadas o parcialmente destruidas.

En muchas de estas regiones, la población no dispone de agua potable ni de agua corriente, sufre cortes prolongados de electricidad y calefacción, y tiene un acceso muy limitado a servicios de salud y a medicamentos. La situación es especialmente crítica durante los meses de invierno.

En las zonas ocupadas, la realidad es aún más alarmante. En numerosos casos, la población carece prácticamente de todos los servicios básicos: no hay suministro regular de agua, luz ni calefacción, existe una grave escasez de alimentos y el acceso a atención médica es mínimo o inexistente, lo que deja a la población en una situación de extrema vulnerabilidad.

Esta precariedad constante compromete gravemente la protección de la población civil y vulnera derechos fundamentales, afectando de forma especialmente dura a niños, niñas, personas mayores y familias con escasos recursos.

Derecho a la Educación y escuelas como espacios seguros

La guerra ha tenido un impacto devastador en el derecho a la educación: Millones de niños, niñas y adolescentes han visto interrumpido su proceso educativo total o parcialmente.



Un elevado número de escuelas permanece **cerrada, dañada o destruida**, especialmente en regiones cercanas a las zonas de combate.

En muchos casos, la educación se desarrolla de forma online o híbrida, con **constantes interrupciones por cortes de electricidad, falta de conexión o alertas aéreas**.

En el contexto bélico actual, las escuelas cumplen un rol fundamental no solo educativo, sino también como **espacios de protección, estabilidad emocional y apoyo psicosocial para la infancia**.

Comunicación ética y visibilidad del conflicto

Aunque el conflicto en Ucrania continúa generando graves consecuencias humanitarias, existe una percepción creciente de fatiga informativa en parte de la comunidad internacional.

Desde nuestra experiencia y observación del tratamiento informativo, consideramos que en España la guerra en Ucrania recibe actualmente una cobertura mediática limitada y puntual, centrada principalmente en momentos de especial gravedad o acontecimientos concretos. Esta reducción de la presencia informativa puede generar en parte de la ciudadanía la **sensación de que el conflicto ha disminuido o incluso ha dejado de ser una emergencia activa, cuando la realidad sobre el terreno continúa siendo extremadamente compleja**.

En comparación con otros países europeos, donde el seguimiento mediático del conflicto se mantiene de forma más constante, percibimos que en España la información sobre Ucrania aparece con menor frecuencia y profundidad.



Asimismo, observamos que en algunos espacios informativos o de opinión pueden aparecer enfoques o narrativas que tienden a relativizar la gravedad de la agresión y sus consecuencias humanitarias. Esta diversidad de interpretaciones, cuando no está suficientemente contextualizada o contrastada, puede contribuir a generar confusión social y dificultar una comprensión completa de la situación real que vive la población ucraniana.

Por ello, consideramos fundamental promover una comunicación ética, rigurosa y responsable, que sitúe en el centro a las personas afectadas, especialmente a la infancia, evitando la difusión de información sesgada, la desinformación o la revictimización de quienes comparten sus testimonios.

Mantener una información veraz y continuada es clave para sostener la sensibilización social y el compromiso solidario con las personas afectadas por el conflicto.



NUESTRO
NOMBRE
ES
IRYNA

Historias de vida





Mujer ucraniana refugiada

“Soy de la región de Ivano-Frankivsk. Tengo cuatro hijos maravillosos.

Antes de la guerra vivíamos en Chernivtsi. Cuando empezó la guerra, me fui con mis hijos porque tenía miedo por ellos.

Personalmente, para mí fue muy duro dejar Ucrania, pero no tenía otra opción. La adaptación en España fue muy difícil para mí. Sin embargo, con el tiempo me fui adaptando. Hice cursos de español, luego cursos de limpieza y poco a poco todo se fue organizando.

Para los niños, la adaptación fue fácil; aprendieron el idioma y en la escuela todo va bien. El año pasado, Karolina fue de excursión a Portugal durante cinco días y le gustó mucho. Este año, Andriy va de excursión a Austria. La escuela ayudó a Andriy con un logopeda y destinó dinero para ello; ahora está recibiendo apoyo.

En general, nos gusta España. Lo que no nos gusta es el hospital, porque aquí hay que esperar mucho tiempo para conseguir cita.”



Mujer ucraniana refugiada

“Soy de la ciudad de Bajmut, una ciudad que fue una de las primeras en sufrir el ataque de las tropas rusas. Actualmente está casi completamente destruida. La ciudad se encuentra bajo ocupación y en ella solo permanecen militares rusos.

Junto con mi familia —mi madre y mi hijo— me vi obligada a abandonar nuestro hogar un mes después del inicio de la guerra. A comienzos de abril de 2022 llegamos en España, donde al principio vivimos en un centro para refugiados. Un mes y medio después comencé mi actividad laboral en España, y no me he detenido ni un solo día. Asisto a cursos de español y a cursos profesionales, descubro nuevos lugares y la belleza de la naturaleza de España, viajo para visitar a amigos en otros países de Europa. También ayudo a conocidos que permanecen en Ucrania.

Antes era directora: una persona que dirigía, tomaba decisiones y asumía responsabilidades por los demás. Ahora trabajo como limpiadora y, aunque es un trabajo honesto y no me avergüenza en absoluto, me duele el corazón: dejé atrás mi carrera, mi posición y mi comodidad para proteger a mi familia. Cada día me recuerdo que este es el precio de la seguridad de mi hijo y de mi madre.

Mi hijo obtuvo el título de 4º de ESO en España, le homologaron el Bachillerato y actualmente estudia en la Universidad de León en la Facultad de Economía. Mi hijo, que tenía solo 16 años, perdió su hogar, sus amigos y su ciudad natal.



Tuvo que dejar todo lo que conocía y recorrer un largo camino hasta España, adaptándose a un país extranjero, con nuevas normas, idioma y tradiciones. Cada vez que miro sus ojos, veo tristeza por Ucrania, añoranza por sus amigos y por la vida que perdió.

Mi madre, a pesar de su avanzada edad, encontró fuerzas para seguir adelante: pasea por el parque, va sola al supermercado e intenta mantener una rutina. Mi madre, una mujer de casi 80 años, lo perdió todo: su hogar, su ciudad natal y su vida habitual. Nunca podrá regresar al lugar donde transcurrió su vida adulta, donde estaban los recuerdos familiares, los parques y las calles conocidas. En sus ojos veo tristeza, pero también el valor de seguir viviendo, porque estamos juntas.

Conocemos a nuevas personas, encontramos amigos y nos marcamos objetivos. La vida continúa. Estamos agradecidas a España por el nuevo hogar y por la oportunidad de trabajar y estudiar. La nostalgia por Ucrania siempre está presente, recordándonos todo lo que hemos perdido.”



Joven ucraniana

“Entre las cenizas y el frío.

Mi vida olía a sal y a los albaricoques dulces de Jersón. Recuerdo el sol brillando sobre el Dniéper y las tardes tranquilas donde mi única preocupación era un examen de matemáticas. Pero en 2022, el sonido del viento fue reemplazado por el de las explosiones. Tuvimos que dejarlo todo: mi habitación, mis juguetes, la vida que conocía. Nos convertimos en sombras huyendo hacia la esperanza, y esa esperanza se llamaba Kiev.

En Kiev intentamos reconstruir los pedazos de nuestra existencia. Me inscribí en la Gimnasia Nº126. No era solo una escuela; era mi refugio. Allí, entre los pasillos iluminados y las voces de mis nuevos amigos, el miedo a la guerra parecía retroceder un poco. Los maestros nos enseñaban que el conocimiento es una luz que nadie puede apagar.

El martes que el cielo se desplomó.

Todo cambió el martes 3 de febrero de 2026. Fue un día gris, como si las nubes ya supieran lo que vendría. De repente, el silbido ensordecedor que todos los ucranianos hemos aprendido a reconocer desgarró el aire. Un misil ruso impactó directamente en nuestra gimnasia. No solo destruyeron ladrillos y pupitres. Destruyeron el lugar donde nos sentíamos a salvo. La explosión fue tan fuerte que no solo redujo



redujo a escombros nuestra escuela, sino que dañó gravemente los edificios residenciales de al lado. Mis vecinos, gente común, trabajadores que solo querían descansar, vieron cómo sus ventanas estallaban y sus paredes se agrietaban. La metralla no distingue entre un objetivo militar y el dormitorio de un niño.

Un presente sin luz ni calor

Hoy, la gimnasia está en silencio, cubierta de nieve y ceniza. No hay clases. No hay risas en el patio. Estamos atrapados en nuestros apartamentos, que se han vuelto cajas de hormigón gélido. Rusia nos ha robado el calor y la luz.

El frío: Se mete en los huesos. Dormimos con capas de ropa, debajo de tres mantas, pero el frío sigue ahí, recordándonos nuestra vulnerabilidad.

La oscuridad: Cuando cae la noche, el silencio es absoluto. Solo se rompe por el sonido de algún generador lejano o el llanto de un niño pequeño.

La incertidumbre: Mis libros están bajo los escombros de la Gimnasia N° 126. Mi futuro parece estar suspendido en este invierno interminable.

Una súplica al mundo

A veces me quedo mirando por la ventana hacia donde solía estar mi escuela. Mis amigos yo ya no hablamos de videojuegos o de qué queremos ser de mayores. Hablamos de sobrevivir. Miramos el cielo no



buscando estrellas, sino temiendo que caiga otra muerte de acero. Solo queremos una cosa: que dejen de atormentarnos. Queremos que Rusia deje de disparar misiles contra nuestras escuelas y nuestras casas. No somos soldados; somos niños que solo quieren estudiar, tener luz para leer y calor para dormir sin temblar.

¿Cuánto tiempo más durará este invierno en nuestras almas? Seguimos esperando, con los dedos entumecidos por el frío, que el mundo no nos olvide y que el mañana traiga, finalmente, el fin de este dolor.”



Mujer ucraniana

“La vida actual de los niños en Ucrania la describiría en una sola frase así:

Niños adultos, rodeados de surrealismo.

Para comprender mejor a qué me refiero, describiré un diálogo cotidiano con una amiga. Ella comparte su alegría por haber conseguido una buena chaqueta de primavera para su hijo mayor en las rebajas y, al instante siguiente, nuestra conversación es interrumpida por el sonido de la sirena que nos informa de una alarma y de la necesidad de trasladar a los niños a un lugar más seguro (sí, no me equivoqué al elegir la palabra más seguro y no seguro, porque un lugar completamente seguro, en el pleno sentido de la palabra, en Ucrania no existe). El final de la conversación resulta lógico: nos preguntamos si realmente merece la pena alegrarse por una compra, cuando la posibilidad de usarla puede verse anulada en cualquier momento.

He compartido este fragmento para que puedan comprender en qué constantes altibajos emocionales y psicológicos vivimos y cómo criamos a nuestros hijos en Ucrania.

El surrealismo de la realidad que nos rodea en Ucrania consiste en que, en una misma sala de un restaurante, se puede ver simultáneamente a un militar con una amputación disfrutando de una pizza y, en la mesa de enfrente, a unos niños esperando que sirvan la tarta de cumpleaños del homenajeado; mientras tanto, en otra parte céntrica de la ciudad,



una procesión fúnebre reduce su marcha para que el alcalde pueda rendir homenaje a los Héroes caídos.

Quizá se pregunten por qué no me voy, llevándome a mi hija a un país seguro. Sí, lo hice: la saqué del país en las primeras semanas de la guerra y vivimos más de un año en Polonia. Sin embargo, el desarrollo de una enfermedad oncológica y la necesidad de un tratamiento inmediato nos obligaron a regresar a Ucrania, donde el sistema sanitario responde de forma más rápida a los desafíos de una enfermedad tan grave. Fue una decisión difícil y poco comprensible para quienes nos rodeaban, pero sin duda correcta a la vista del resultado. En este momento, llevamos un año de remisión tras una agotadora quimioterapia.

No me planteo volver a un país seguro debido al deseo de mi hija de quedarse en casa, en un entorno que le resulta comprensible y familiar. Según sus propias palabras, durante ese año en Polonia no se sentía segura por el miedo a perderse en un país extranjero con un conocimiento limitado del idioma. En Ucrania tiene amigas de verdad; allí también las tuvo, pero fue una amistad forzada, no nacida del alma.

Supongo que el estrés derivado del traslado pudo influir en el desarrollo de la enfermedad, que había sido detectada antes, pero no requería tratamiento. Considero que el impacto de la guerra y del desplazamiento de los niños ucranianos en el desarrollo de enfermedades oncológicas necesita un estudio científico independiente, ya que el número de pacientes en el departamento



donde recibimos tratamiento aumentó de forma exponencial durante los años de la guerra.

Mi hija cumplirá pronto 12 años y me confesó que no siente euforia al esperar su cumpleaños; no quiere crecer. ¿Y saben por qué? Porque la guerra y las duras circunstancias de la vida la han hecho adulta antes de tiempo.

Nuestra vida en Ucrania no está en pausa; hemos aprendido a disfrutar de cada momento:

- a alegrarnos al ver cómo la nieve brilla bajo la luz de una farola nocturna,
- a valorar la posibilidad de ir a la escuela, aunque sea con interrupciones para bajar a un refugio antiaéreo sofocante y estrecho,
- a disfrutar plenamente de un paseo por el parque, si tenemos la suerte de que no suenen las sirenas y no sea necesario desplazarse a un lugar más seguro.

Gracias a todos los que ayudan a Ucrania y, de este modo, nos dan la oportunidad de seguir viviendo en nuestro propio hogar.”



Mujer ucraniana refugiada

“Llegué a España con mi hijo al comienzo de la guerra, en 2022. Desde entonces han pasado muchas cosas. Hemos aprendido el idioma, yo empecé a trabajar y mi hijo estudia en el colegio. El año pasado llegaron mis padres, porque un misil impactó en nuestra casa y quedó completamente destruida por el incendio.

Mis padres no querían abandonar su tierra natal y, a pesar de los combates, esperaban que todo terminara bien. Vivíamos en la ciudad de Myrnohrad, cerca de Pokrovsk y a 60 km de Donetsk. He llegado a querer mucho a España y no quiero regresar, pero ahora tampoco tengo a dónde volver.

Cuando llegamos, mi hijo acababa de terminar el tratamiento de quimioterapia, ya que había tenido leucemia. Inmediatamente nos derivaron a un médico hematólogo y desde entonces estamos bajo seguimiento constante. Ahora todo está bien; ya han pasado siete años y espero que la enfermedad no regrese. Mi hijo practica deporte, va al colegio y tiene grandes planes para el futuro.”

